

## La primera duda

---

Ha pasado mucho tiempo, desde que los conceptos precisos que el mundo exterior me inspirara, se vieran conmovidos en su misma raíz por el tormento de la primera duda.

Siete años de vida, rodeada de los queridos rostros familiares, satisfechos los menores deseos y las infantiles preguntas pacientemente aclaradas, llevaron a mi alma la convicción firme de mi felicidad y de la de todos los seres vivientes.

Habitábamos entonces el segundo piso de una casa de departamentos en la calle Rivadavia. Desde sus balcones, podían los ojos abarcar el panorama de techos grises salpicado por breves manchas verdes, que el aire impregnado de humo y vapores de nafta, hacía fundirse en un solo tono plomizo.

En el piso siguiente al nuestro, comunicado por una escalera oscura y chillona, vivían los padres de Bimbo. Bimbo y yo éramos amigos inseparables.

Todas las mañanas, cuando el sol daba de lleno en el patio, los ojos semicerrados por el vivo reflejo de la pared blanca, lo llamaba alegremente. Casi en seguida veíalo aparecer en lo alto de la escalera. Bajaba torpemente, apretando contra su pecho dos gatos escuálidos, de ojos espantados, que había salvado de una muerte horrible. Al llegar, se desprendía cuidadosamente de ellos y seguido por los animalejos se acercaba a mí, que sentada en el suelo, trataba de reunir los rieles de un tren en miniatura.

¿Cuántas veces se repitió la misma escena? ¿Cuánto tiempo duraron nuestros juegos felices? No lo sé.

Un día, lo llamé y no vino. Repetí más fuerte el llamado y alguien, con un dedo sobre los labios, me impuso silencio. Mis ojos interrogaron, y oí la frase que me llenó de desasosiego y de extrañeza: Bimbo ha muerto.

Pensé que gritando más, tendría que oírme, pero no pude pronunciar su nombre. Calladamente me retiré a un rincón. De la calle subían mezclados y confusos rumores. En el patio, caldeado por el sol, las moscas, ebrias de luz, giraban locamente, ora elevándose, ora bajando en un breve vuelo. Una, más grande que las otras, distrajo mi atención; su cuerpo tenía reflejos esmeraldinos y sus alitas tenues se irisaban a los rayos del sol. Seguía con la vista un instante, hasta que se perdió en el cielo radioso de la mañana.

Venía desde el comedor el ruido alegre de la loza, que las manos torpes de Palmira disponían sobre el blanco mantel. La sombra de la pared se hacía más y más estrecha. Los mil ruidos callejeros se apagaban unos a otros, como vencidos por el sol del mediodía.

Una angustia infinita se apoderó de mí. Estaba sola con mis muñecas. Bimbo no vendría. Mis ojos se llenaron de lágrimas caprichosas.

Y ¿si fuera verdad? ¿si hubiera muerto? Bien se me había explicado que cuando alguien muere no se lo vuelve a ver, a menos que sea en el cielo. Pero ¿cómo llegar hasta el cielo? Estaba mucho más alto de lo que parecía. Nunca nadie había podido tocarlo con la mano. Tendría que renunciar a verlo. Por la primera vez, no me era dado obtener lo que deseaba, y la imagen de Bimbo fué recordada con rencor.

Su cabeza oscura y pensativa parecía demasiado pesada para el cuerpo pequeño y delgado. El cabello, peinado en gruesos bucles le llegaba al hombro. Los ojos ocupaban, debajo de la frente ancha y triste, dos huecos, y eran negros, de una negrura brillante y su mirada era quieta, dulce, penetradora.

Todo él tenía un aire majestuoso que lo hacía asemejarse a los pequeños príncipes de los cuentos.

¿Por qué no ha bajado a jugar como todos los días? Y si ha muerto ¿cómo lo ha hecho sin despedirse de mi? Su olvido era inexplicable.

Llena la cabeza con estos pensamientos me dormí profundamente.

El ruido de la lluvia me despertó. La luz indecisa de un día gris rodeaba los objetos familiares.

Me acerqué a una ventana. Del otro lado del vidrio, la vista tan conocida, me pareció nueva bajo la caricia ruda de la lluvia. El cielo, por donde vagaba una falsa claridad, parecía estar más cerca de los techos. Las casas, agobiadas por su peso, trascendían profunda tristeza.

La monotonía del cuadro me inmovilizó la mirada, y así estuve no sé cuánto tiempo. La llegada de un coche blanquísimo, tirado por caballos también blancos, me sacó de mi sopor. Lo seguían una fila de pequeños coches negros. El cortejo se detuvo frente a la puerta de nuestra casa.

Entonces recordé que a los muertos se los llevan en esos grandes coches negros, tirados por caballos hermosos que marchan moviendo con orgullo las cabezas.

Pero esta vez el coche era blanco y venía por Bimbo. Era solamente para él y estaba adornado con flores frescas que se erguían bajo la lluvia.

Me alegré interiormente por la suerte de mi amigo. Atravesar la ciudad en ese maravilloso estuche de paredes transparentes de cristal, sería para él algo nuevo, emocionante.

¿Cómo me hubiera gustado compartir con Bimbo las impresiones de ese viaje nunca imaginado! Pero seguramente ya me había olvidado.

En ese momento introducían en el coche una caja cubierta de flores. ¿Iría allí dentro Bimbo? Se habría dormido y no quisieron despertarlo.

¿Cómo era que sus gatos no lo acompañaban? Quizá los tuviera dentro de la caja, apretados fuertemente contra su pecho.

Algunas personas desconocidas desaparecieron en los pequeños coches negros, y la comitiva, precedida del estuche rodante, se puso en marcha. Fuese alejando silenciosamente hasta perderse en la maraña del tráfico. Todavía se alcanzaba a divisar una cruz blanca que se hacía cada vez más borrosa. . .

Un llamado me volvió a la realidad. Pregunté ansiosamente si en ese coche se había ido Bimbo. La respuesta fué afirmativa, pero nadie supo decirme cuando volvería.

En vano trataba de explicarme lo ocurrido. Las ideas eran confusas. El significado de las cosas, tan claro hasta entonces, se me aparecía turbador y difícil. Mi cabeza de niña no acertaba a comprender el por qué de aquel viaje inesperado.

La casa donde viviera mi amigo estaba ahora muda y sola. En lo alto de la escalera oscura, dos gatos, la cola enhiesta, daban maullidos desoladores.

Días de tristeza infinita, de inmensa soledad, siguieron a la muerte de Bimbo. Desde entonces, el mundo es un misterio para mí.

Laura Bastianini.